

Al abrir los ojos

Belen (vendo a besar a Fernanda). — Fernandita!... Buen susto nos ha dado. Pero qué ha sido eso? Hasta anoche no hemos sabido una palabra de que estuvieras mala... ¿Cómo no avisaste? Gracias Dros, te veo levantada y con buena cara.

Fernanda. — No puede ser buena.

Belen. — Un poco paliducha, pero claro... han dicho que has estado a la muerte.

Fernanda. — A la muerte.

Belen. — Buen tesoro quería llevarte! Pues que se fastidie; has podido más que ella. Pero dime, ¿qué has tenido?

Fernanda. — Te aseguro que no lo sé.

Belen. — ¿Qué dijo el médico?

Fernanda. — Tampoco lo sabe.

Belen. — ¡Está bueno! Pues si el médico no lo sabe...

Fernanda. — Acaso sea un bien; cuando ignoran las enfermedades, recetan menos.

Lo cierto es que me moría.

Belen. — Si está muriéndose medio Madrid... Te habrás enterado de lo de Manolito del Olmo. ¡El

siete años!

Fernanda. — ¿Pero

ha muerto Manolito?

Belen. — Sí, hija,

¡Qué lástima!

Con un porvenir bri-

llantísimo... ¡Ay!

Un hombre menos,

Te digo que la muer-

te nos lleva la con-

tarla a las solteras.

Fernanda. — ¿De

que ha muerto Ma-

nolito?

Belen. — De la en-

fermedad en moda:

tenrosis. Estos jó-

venes de hoy viven

tan de prisa... Pero

sí, el pobre Ma-

nolito, siempre tan

elegante, tan corre-

to, ha muerto a la

última moda.

Fernanda. — ¡Mu-

er! Móga hasta en

la muerte!

Belen. — Claro que

Hay muertes de muy buen gusto...

Mira, yo no comprendo que un muchacho

uno, simpático, se muera de una entéri-

tis, por ejemplo.

Fernanda. — Me haces gracia.

Belen. — Es una enfermedad muy ordi-

naria.

Fernanda (riendo). — Vamos a ver: ¿ebo-

no quisieras tú morirte?

Belen. — Yo? Casada!

Fernanda (se ríe). — Mujer, digo de

que mal.

Belen. — De mal de amores, que ya me

me gravísima.

Fernanda. — ¡Tus cosas!

Belen. — Pero si sigue la muerte lleván-

dose a los muchachos de Madrid, me mo-

riré de otra cosa: de aburrimiento.

Fernanda. — ¡Ah! ¿sabes de Esperanza?

— Esta ya bien?

Belen. — Tan campante. En la Castella-

an la tienes a todas horas.

Fernanda. — Pues también esa ha visto

las orejas al lobo.

Belen. — Ca, si no fué nada.

Fernanda. — Si decían que se moría.

Belen. — Como no fuera de envidia!

Ya me ha copiado tres vestidos.

Fernanda. — Y yo que no te he dicho

nada. Este es precioso.

Belen (se levanta y se ofrece a la ins-

pección de la amiga). — Te gusta?

Fernanda. — Mucho. Es elegantísimo.

Belen. — Sí, es bonito, pero ¿para que

me sirve? Para adornar esta figura que nadie quiere.

Fernanda (sonriendo). — Ya te llegará la hora.

Belen. — Sí, me llegará la hora... pero parece que se han parado todos los relojes.

Fernanda. — Pues te llegará, no lo dudes. Podrá tardar, pero llega. A mí... ya me llegó.

Belen. — Eh? ¿Qué me cuentas? ¿Qué secretitos son esos? ¿Cuándo se ha presentado ese caballero?, porque tú has estado enferma una semana, y...

Fernanda. — Se ha presentado precisamente cuando estaba enferma. Y en forma de pesadilla.

Belen (desencantada). — ¡Ah, vamos!

En esa forma he tenido varios novios,

me he casado y hasta me he quedado viuda. ¡Valientes partidos!

Fernanda (riendo). — ¡Mira que ha sido ocurrencia! Me dió la fiebre, treinta y



nueve grados nada menos, por tener novio.

Belen. — Abunda mucho esa fiebre. (Alargándose la mano). Verás... tómame el pulso.

Fernanda. — Pero no sabes lo mejor. (Confidencia). Que la pesadilla se convirtió en realidad.

Belen. — Ah!, ¿sí? Cuenta, cuenta... Ya me interesa tu pesadilla.

Fernanda. — Como te digo, la fiebre hizo que me saliera un novio... uno de esos novios que vemos en sueños... guapo, galán, principesco y leal y enamorado hasta la muerte.

Belen. — No caen esas brevas! Sigue.

Fernanda. — Como es natural en esta clase de delirios, se me apareció en un jardín. Me miró... le miré. Se sonrió... me sonréi. Me ofreció una rosa... la acepté. Luego me ofreció su brazo y también lo acepté. Conforme ibamos paseando, y en una noche de luna hermosísima, él me hablaba de amor y yo le escuchaba complacida. Hasta aquí todo iba muy bien: pero se me ocurrió exigirle juramento de fidelidad eterna, y él entonces, con cierta voz solemne y emocionada, me dijo: "Lo juro... por estas flores que nos ven, tan cierta será mi felicidad como que estas flores nos perfuman..." Hija, me lo creí: las mujeres todo nos lo creemos. ¡Ay!, al abrir los ojos... Al abrir los ojos busqué con la mirada las flores y con el olfato su perfume... Y ni en mi alcoba